

INTRODUCCIÓN

En 1867, Diego Barros Arana inicia el capítulo “Novelas” de sus *Elementos de literatura* con algunas consideraciones sobre la “[i]mportancia de la novela”. Según el historiador chileno, el novelista “hace revivir en sus pinturas lo que pasa, lo que perece, lo que cambia i varía sin cesar, la historia de la vida privada”. Así, se le dispensa de la “verdad”, pero no de “esa otra verdad relativa que es la necesidad comun de todas las obras de arte”: “Como primera condicion, la novela debe unir la verdad a la ficcion” (Barros Arana 1867: 199). Recurriendo con estas palabras al criterio de la verosimilitud, Barros Arana subraya, sobre todo, la pervivencia de este precepto aristotélico en el género más popular del siglo XIX. Al final del capítulo, remite al “principal deber del novelista”, que es “inspirar el amor a la virtud”: “Solo cumpliendo este deber se puede componer una obra de que resulten ventajas a las costumbres i a la sociedad” (211). Como demuestran bien estas palabras, el horaciano “instruir deleitando” mantiene igualmente su vigencia en el incipiente discurso literario hispanoamericano, correspondiendo al proyecto liberal decimonónico. En general, la prestigiosa obra de Barros Arana, “aprobada por la Universidad de Chile, i mandada adoptar por el Ministerio de Instruccion pública para la enseñanza en los colejos del Estado” (s. p.), presenta un recorrido universal del género novelesco a lo largo de la historia. El autor apoya sus reflexiones en textos clásicos como el *Traitté de l’origine des romans* (1670) de Pierre-Daniel Huet. Argumentos parecidos se encuentran en el *Curso de Bellas Letras* que el argentino Vicente Fidel López redactó en 1845 en su exilio chileno, y donde recurre a Abel-François Villemain

al presentar lo privado como “interés de la literatura” y lo público como “interés de la historia” (Molina 2011: 213-214). Volviendo a Barros Arana, se revela que el autor hace caso omiso de cualquier alusión actual al contexto chileno. Podía haber mencionado el *Martín Rivas* de Alberto Blest Gana, novela aparecida hacía cinco años y que marca precisamente el inicio del realismo en el subcontinente, llegando a ser una de las novelas decimonónicas más emblemáticas en Hispanoamérica. *Martín Rivas* reúne todas las características expuestas por Barros Arana, de modo que sus palabras se confirman en la práctica.

De hecho, las consideraciones de Barros Arana manifiestan rotunda actualidad en su momento histórico. Son años conflictivos para la novela: paralelamente al discurso aclamatorio que la aprecia por su función social, a mediados del siglo se reaviva desde Europa el debate sobre la problemática moral del género. La sempiterna crítica del inmoralismo se actualiza y va aumentando con el desarrollo de la prensa, la introducción de la novela de folletín y el consiguiente crecimiento del público lector, sobre todo de su parte femenina. Estas acusaciones a la novela por su inmoralidad y su exceso sensacionalista se dirigían particularmente contra la novela francesa —muy presente y apreciada, por otra parte, en América Latina—.

Al margen de esta ambigüedad de la orientación declarada hacia la literatura francesa por un lado y los ataques contra ella por otro, en Chile y Argentina, los dos países considerados en la presente investigación, el desarrollo de las artes gráficas no permite realmente hablar de una masificación de la comunidad lectora, contrariamente a Europa o Estados Unidos. Así, en vez de rechazar el género novelístico de manera categórica, este era visto, más bien, como una oportunidad para la profesionalización del oficio literario, aspiración primordial de los agentes culturales latinoamericanos. Enfrentando la situación europea a las condiciones materiales del quehacer literario en Argentina, Bartolomé Mitre escribió a finales de los años sesenta:

En América del Sud, sobre todo, las letras parecen sucumbir por no encontrar un poderoso punto de apoyo, que debiera ser su motor de vida, su impulso de acción.

En Europa, la literatura es una industria como cualquier otra.

Aquel que escribe, se enriquece con sus libros.

En América, el que escribe, ó abandona al fin su espinosa tarea, ó se muere de hambre (Mitre 1868: 20).

Como es sabido, el primer presidente de la nación argentina unificada también fue historiador y literato y, en 1870, fundador de *La Nación*. Ya veinte años antes de su diagnóstico desilusionado había publicado —como folletín de un diario— una de las primeras novelas argentinas. En total, cabe constatar que la novela era considerada, tanto en su condición literaria como en cuanto a las circunstancias materiales de su producción y distribución, como un atributo de la modernidad. Esto explica por qué las proyecciones sobre el lugar del género en el discurso cultural superaron con creces las propuestas narrativas finalmente realizadas.

Sirvan estas notas como punto de partida de las siguientes reflexiones sobre la primera producción novelesca en Argentina y Chile desde finales de los años cuarenta del siglo XIX hasta, aproximadamente, el momento en el que se sitúan los comentarios de Barros Arana y Mitre arriba citados, ejemplos tempranos del género que han sido, hasta ahora, poco considerados en las historias literarias.² En general, se los rechazaba por estar demasiado pendientes de los patrones escriturales europeos, por ser poco “chilenos” o “argentinos” y, por lo tanto, poco adecuados para fundar en ellos una literatura nacional. Sin embargo, esto no implica que los autores y autoras de las “novelas originales” chilenas y argentinas no hayan procurado tratar experiencias propias como parte de un proyecto social. En este contexto, cobra sentido el hecho de que los autores de novelas solieran ser personas involucradas de manera destacada en la construcción cultural y política de los

2. Cf. Fernández Fraille 1996 como ejemplo para la historiografía literaria chilena, en la cual los comienzos de la novela se vinculan a la producción narrativa de Alberto Blest Gana en los años sesenta. En el contexto argentino, Laera constata, todavía en 2004, un “tiempo vacío de la ficción” que perdura hasta aproximadamente 1880. Entretanto, han surgido algunos estudios que confirman la existencia de un discurso cultural —y también novelesco— anterior a estas fechas. Cf., por ejemplo, *Cuando lo nuevo conquistó América* (2013) de Víctor Goldgel, que, enfocando Chile, Cuba y el Río de la Plata, examina las modalidades de consumo, el impacto de los medios, de la moda y de la literatura como señales de modernidad en la primera mitad del siglo XIX; o *Lectores insurgentes* (2010), de Víctor Barrera Enderle, que investiga la formación de la crítica literaria a partir de 1810 en Argentina, Chile y México para “discutir la tradicional noción de la independencia literaria concretada con el modernismo” (20).

Estados nacionales: entre los autores y autoras constan periodistas, historiadores, juristas, diplomáticos y hasta, como ya se ha visto, un futuro jefe de Estado. Ellos se proponían, precisamente, contribuir con la creación de novelas al establecimiento de un campo cultural basado en las condiciones mediáticas que se les ofrecían.³

Una segunda premisa de la presente investigación parte de la interdependencia entre la lectura y la escritura. Se pretende relacionar la producción de textos narrativos con la lectura de novelas como práctica social de un público que requiere de una autoafirmación cultural. En este sentido, interesan tanto la puesta en escena de la vida cotidiana presentada dentro de las novelas como la escritura y la lectura de novelas como demostración de sociabilidad. Por consiguiente, la novela es considerada en el presente estudio no solo en su condición textual, sino también —en la línea del “turn to the object” señalada por Lee Skinner (2019)— en su condición material, dado que finalmente funciona como objeto de ostentación social.

El liberalismo vinculaba la literatura con el compromiso político, la educación y la creación de una identidad colectiva. Defendía una noción utilitarista de la literatura y le concedió una función primordial para la construcción nacional. La “literatura propia” no solo era un componente integrativo del “patrimonio cultural” (González Stephan 2000), sino que se la destinaba, de una manera muy concreta, al servicio de la formación de “ciudadanos”. La producción y recepción de novelas se comprendía como un proyecto pedagógico que se dedicaba, de manera muy básica, en primer lugar, a la alfabetización, y después, a la educación moral y política. Se destinaba a hombres y mujeres, con programas adaptados a los respectivos conceptos de género. A lo largo del presente estudio se verá cómo este entramado produjo, en vista de la controversia sobre la moralidad y la utilidad social del género, unas estrategias argumentales bastante particulares.⁴

3. Cf. Catalán con respecto a “la doble síntesis que [...] se realiza, primero, entre las funciones políticas y culturales y, segundo, entre los diversos géneros y manifestaciones de lo cultural” de los intelectuales liberales decimonónicos (1985: 90).

4. Emilio Carilla ya subrayó en 1967 esta postura ambivalente frente al género novelesco en el ámbito hispanoamericano: “En realidad, y como consecuencia indudable de las dimensiones que toma el género en el siglo, durante todo el siglo XIX hay un verdadero torneo acerca de la moralidad o inmoralidad de la novela. [...] El tema es atractivo y digno de estudio” (Carilla 1967, vol. 2: 67).

El movimiento liberal recibió su impulso decisivo con el *esprit de juillet* de la Revolución de 1830, presenciada por el argentino Esteban Echeverría, quien llevó al Río de la Plata la opción romántica de corte liberal.⁵ Este mismo romanticismo liberal impregna el “Discurso de Incorporación a la ‘Sociedad literaria’” (1842), de José Victorino Lastarria, manifiesto del despegue cultural en Chile. De este modo, con el romanticismo se asociaba, en vez de resignación y retiro, una postura optimista, productiva y dirigida hacia el futuro. También significaba subjetivización, pero una subjetivización encauzada en la comunidad. En América Latina, la subjetividad se comprendía sujeta a la ciudadanía, de forma que el liberalismo en los románticos hispanoamericanos se orientaba hacia el progreso social. La literatura, como expresión de la sociedad, interrelacionaba lo político y lo literario, y, por consiguiente, lo público y lo privado. De este modo, las dos esferas no se encuentran separadas, sino que se persigue y se reivindica su interdependencia. En la mediación entre los dos polos consistía la tarea primordial del ciudadano.

En este contexto, el desarrollo de la prensa alcanza un papel decisivo. Contribuye a la constitución de un espacio público que ofrece condiciones completamente nuevas para la producción y recepción de las novelas. En Francia, Eugène Sue y Alexandre Dumas dominaban la prensa con sus folletines desde comienzos de los años cuarenta, atrayendo por primera vez una inmensa cantidad de lectores. Estos textos llegaron a los países latinoamericanos con las revistas culturales importadas, y la práctica del folletín se instaló inmediatamente: en el momento en el que se dieron en el subcontinente los requisitos técnicos para la producción de diarios y revistas, la novela de folletín tuvo en

5. Vicente Fidel López comenta sobre el impacto de la Revolución de Julio en Argentina: “Nadie hoy es capaz de hacerse una idea del sacudimiento moral que este suceso produjo en la juventud argentina que cursaba las aulas universitarias. No sé cómo produjo una entrada torrencial de libros y autores que no se había oído mencionar hasta entonces. Las obras de Cousin, de Villemain, de Quinet, Michelet, Jules Janin, Mérimée, Nisard, etc., andaban en nuestras manos produciendo una novelería fantástica de ideas y de prédicas sobre escuelas y autores, románticos, clásicos, eclécticos, San Simonianos. Nos arrebatábamos las obras de Víctor Hugo, de Sainte Beuve, las tragedias de Casimir Delavigne, los dramas de Dumas y de Victor Ducange, George Sand, etc. Fue entonces que pudimos estudiar a Niebuhr y que nuestro espíritu tomó alas a hacia lo que creíamos las alturas. La *Revue de Paris*, donde todo lo nuevo y trascendental de la literatura francesa de 1830 ensayó sus fuerzas, era buscada como lo más palpitante de nuestros deseos” (López 1994: 29).

ellos su lugar. Los puertos transatlánticos de Buenos Aires y Valparaíso ofrecían las condiciones previas idóneas para el comercio y el progreso tecnológico, así como para estímulos intelectuales y movilidad.

Para el periodo abarcado en la presente investigación existe una base común en cuanto a las circunstancias argentinas y chilenas. La política represiva de Juan Manuel de Rosas forzó a los liberales argentinos al exilio, sobre todo a Montevideo y Santiago de Chile. Allí desempeñaron cargos públicos, fundaron revistas, publicaron sus textos y participaron en las discusiones sobre el desarrollo cultural de la sociedad criolla. Domingo Faustino Sarmiento, además de publicar en 1845 en *El Progreso* chileno su influyente obra *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*, aplicaría, después de su regreso a Argentina, los conocimientos adquiridos como enviado del Gobierno chileno sobre el sector educativo estadounidense y europeo. Este momento histórico que juntó a argentinos y chilenos en Santiago de Chile y Valparaíso es un verdadero hito en la historia cultural latinoamericana. Precisamente por no haberse encontrado en el centro de la administración colonial, Chile funcionó como “lugar de expectativas y experimentación” para la construcción de una esfera pública y el surgimiento de una nueva generación de “intelectuales-pedagogos” (Stuven 2008: 413) en la que destacan los vínculos argentino-chilenos.

En medio de este clima cultural aparece en 1848, con *Emma y Carlos o Los dos juramentos*, de Bernabé de la Barra, la primera obra narrativa de un autor chileno que por su extensión permite ser considerada “novela”. Publicada en la editorial del diario *El Mercurio* en Valparaíso, el texto de Barra marca el comienzo nada espectacular de la historia de la novela chilena. El año anterior había salido *Soledad*, de Bartolomé Mitre, como folletín en el diario boliviano *La Época*; el exilio llevó al autor a Chile, donde su novela se publicó en 1848 en forma de libro. Este momento constituye el punto de partida del presente estudio, que consiste en la reconstrucción, mediante ejemplos escogidos, de la producción novelesca chilena y argentina hasta la segunda mitad de los años sesenta. Es decir, finaliza cuando las condiciones sociales han cambiado sustancialmente y la producción literaria alcanza un nuevo grado de (todavía relativa) diferenciación y de institucionalización, de modo que la “fase de experimentación” de la práctica novelesca se puede dar por concluida.

Los textos comentados en el presente trabajo suelen disponer de una trama sentimental, lo cual corresponde a las pautas de la época y los patrones narrativos propuestos desde Europa. Sin embargo, los autores y autoras subvierten y transculturalizan el esquema, transmitiendo con sus textos posturas muy concretas con respecto a las circunstancias particulares hispanoamericanas. De esta forma, intercalan, nuevamente, lo privado y lo público, el ocio y la construcción de la nación. En un momento en el cual la agencia político-social y el desempeño específicamente literario todavía no están estrictamente separados, se genera una relación recíproca entre la novela y la vida cotidiana. Se aspiraba a una autoafirmación cultural, para la cual el sector de la prensa, igualmente en proceso de constitución, suministraba la plataforma.

El modo novelesco que mejor se presta para la reflexión sobre la actualidad social es el costumbrista. Dentro del registro romántico, el costumbrismo correspondía a la pintura y, en ocasiones, al análisis de la vida cotidiana, tanto en su variedad provincial-folclorista como en cuanto a las condiciones de vida de la sociedad urbana. Además, se vincula con el periodismo y el desarrollo de la prensa, siendo el artículo de costumbres la forma costumbrista más frecuente antes de que el término fuera aplicado a la novela, supuestamente por Fernán Caballero.⁶ Alberto Blest Gana pensó en la escritora española cuando confesó su preferencia por la novela costumbrista (1977: 122), pero seguramente tenía en mente también la novela social francesa de un Balzac, Stendhal o una George Sand, existente desde los años treinta. La novela social —o “socializadora”, como propone Molina (2011)— suministra un formato muy útil para la puesta en escena literaria de la

6. Fernán Caballero presenta sus ideas sobre la novela de costumbres en el prólogo de su novela *La Gaviota* (1849): “Al trazar este bosquejo, sólo hemos procurado dar a conocer lo natural y lo exacto, que son, a nuestro parecer, las condiciones más esenciales de una novela de costumbres. Así es, que en vano se buscarán en estas páginas caracteres perfectos, ni malvados de primer orden, como los que se ven en los melodramas; porque el objeto de una novela de costumbres debe ser ilustrar la opinión, por medio de la verdad, sobre lo que se trata de pintar; no extraviarla por medio de la exageración” (Fernán Caballero 2003: 123-124). *La Gaviota* fue escrita en francés y traducida al español por José Joaquín de Mora, quien había vivido exiliado en Argentina, Chile y Bolivia entre 1827 y 1843; de ahí que el texto también se inscriba en la tradición del *roman de mœurs*, lo cual además se puede comprobar por la correspondencia entre Caballero y Mora (Fernán Caballero 2003: 123, nota 1).

vida contemporánea, proporcionando un modo en el que los discursos pueden confluír de manera más inmediata.

La atención puesta en los cruces discursivos y el hincapié en la novela como elemento de la vida cotidiana distinguen el presente estudio de las lecturas alegóricas que, a la manera de *Foundational Fictions* (1991) de Doris Sommer, analizan las novelas decimonónicas en función del *nation building*, perpetuando, en cierto modo, el paradigma nacional que ha caracterizado la historiografía literaria —no solo hispanoamericana— desde sus comienzos.⁷ A su vez, Francine Masiello observa, con motivo de la traducción española de su libro *Between Civilization and Barbarism. Women, Nation & Literary Culture in Modern Argentina* (1992), que transpone la dicotomía sarmentina a un metanivel analítico, que el registro nacional puede haber supuesto una limitación: ¿“[P]or qué”, pregunta, “no mirar el género en relación a la sociedad civil en lugar de dar privilegio a las metáforas que corresponden al Estado?” (Masiello 1997: 267). Este reajuste permite enfocar la particular interdependencia entre lo público y lo privado y ofrece un punto de partida más concreto y material.⁸ A partir del fenómeno de la sociabilidad, se hace evidente que es precisamente la oscilación entre lo público y lo privado, entre la producción y recepción de literatura como pasatiempo galante y su funcionalización para reivindicaciones político-sociales, lo que caracteriza este específico momento histórico.⁹ No se trata, por consiguiente, de fijar constructos identitarios universales, sino de describir una función aplicada del quehacer novelístico en el proceso social.

El presente estudio se vale de un método contextualizador, echando mano de teorías de referencia como la sociología de la literatura y la historia de las mentalidades con el objetivo de relacionar la observación de procesos culturales con el análisis de textos literarios. Comprender

7. Pilar González Bernaldo observa la misma dinámica en el área de la historiografía: “Desde los primeros relatos sobre los orígenes de la nación, los historiadores reiteran la tesis formulada por los propios creadores de la nación argentina” (2000: 18).

8. González Bernaldo comenta para el contexto argentino: “De manera que, en el Río de la Plata, el sentido de la nación se desplaza furtivamente del Estado a la sociedad; desplazamiento semántico que coloca la sociedad y la representación que de ella se da en el corazón de las apuestas del poder” (2000: 21).

9. De forma parecida, María Fernanda Lander relaciona en su estudio *Modelando corazones* (2003) la novela decimonónica con las normas sociales fijadas en los manuales de urbanidad, si bien sin considerar la novela en su condición material.

la novela en su función mediática permite enfocarla como parte del imaginario de un determinado grupo social y ver las diferentes formas en las que actúa sobre la realidad.¹⁰ En el ámbito de la historia de las mentalidades, se recurre a textos literarios para compensar la falta de testimonios apropiados de experiencias cotidianas. El género que mejor se presta a este propósito es la novela, y más si tiene un referente contemporáneo que permite entrever las disposiciones culturales y las percepciones colectivas de su tiempo de producción.¹¹

Por consiguiente, la novela se comprende como un medio de significación cultural que suministra un enorme potencial para la historia funcional de la literatura, ya que inserta y reelabora discursos particulares y géneros escriturales ficcionales y no-ficcionales (Nünning 1995: 191). Así, la representación literaria de la vida cotidiana informa sobre los valores y el comportamiento de los colectivos sociales; mediante la descripción de interacciones se pueden extraer conclusiones con respecto a la mentalidad subyacente y se generan “ofertas de orientación” (Dinzelbacher 1993) para el público lector. Las novelas hablan sobre la familia, el estatus social, la religión, las relaciones de género, la ciudad, la provincia, la educación, las convenciones sociales, las condiciones materiales, la orientación europea y mucho más. Los textos literarios vierten una idea de “realidad”, ya de por sí mediatizada y refractada, en un molde literario. El programa de investigación conlleva, obligatoriamente, la renuncia a un concepto literario valorativo. Con el fin de llevar a cabo una lectura cultural, la llamada literatura popular muchas veces permite llegar a conclusiones más pertinentes que los textos del canon.¹²

10. Cf. para esta combinación de distintos enfoques Dörner/Vogt 1990, quienes siguen a Le Goff. Sobre la relación entre la historia de las mentalidades y la crítica literaria, cf. Jöckel 1983 y 1987.

11. Esta perspectiva coincide con el impacto de la historia de las mentalidades en la historiografía hispanoamericana reciente. Cf. Fernando Devoto/Marta Madero, *Historia de la vida privada en la Argentina. 1: País antiguo. De la colonia a 1870*, 1999; Rafael Sagredo/Cristián Gazmuri, *Historia de la vida privada en Chile. 2: El Chile moderno. De 1840 a 1925*, 2006.

12. Cf. por ejemplo el estudio *Sensational Designs. The Cultural Work of American Fiction 1790-1860* (1986) de Jane Tompkins. Siguiendo las pautas del New Historicism, la autora no se centra en la búsqueda de *metanarratives*, sino en una ubicación de las novelas analizadas en su contexto textual sincrónico para captar la “energía social” que emana de ellas.

Indagando en fenómenos como la vinculación entre cognición y comunicación, las condiciones de percepción mediática, y la relación entre sistemas mediáticos y la capacidad de autodescripción social (Schmidt 2008: 367), los estudios mediáticos ofrecen, además, una serie de categorías que bien se pueden aplicar al discurso novelístico del siglo XIX. En este sentido, la insistencia pedagógica en la utilidad de la lectura de novelas a pesar de sus posibles efectos “inmorales”, como se puede observar, por ejemplo, en Sarmiento, está sorprendentemente cerca de las ideas constructivistas de los estudios culturales y mediáticos que procuran realzar la agencia de los sujetos (Winter 2004).¹³ Por consiguiente, se enfocará la novela en tanto que sector de la agencia literaria, y se intentará llegar, mediante ejemplos seleccionados, a una descripción abarcadora de su función en el proceso cultural, con todas las implicaciones que le afectan en su contexto contemporáneo. El análisis no solo se centrará en los contenidos representados, sino también en la pragmática de la producción y recepción de las novelas y de su importancia en cuanto objeto material en la sociedad decimonónica hispanoamericana. Todo ello exento de prejuicios con respecto a las referencias intertextuales, las cuales se han considerado comúnmente como defectos por perjudicar la autonomía literaria. La atención otorgada a las calidades “nacionales” de la literatura, así como la valoración de los textos —muchas veces de autoría femenina— como “literatura popular” o “menor”, han puesto en marcha procesos de exclusión que han contribuido a encubrir la dimensión de la novela como práctica cultural en el sentido de la historia de las mentalidades. La perspectiva adoptada en esta investigación implica una complementación de los pocos textos canonizados de la literatura novelesca chilena y argentina

13. “Aprender a leer es obra larga y penosa. Por no mascar las palabras, por ahorrarse la mortificación que cuesta seguir el sentido [...] millares no leen. Sólo la novela folletín ayuda a vencer esta dificultad y la vence [...] La novela y los diarios han cumplido esa función [...]. Soulié, Dumas, Balzac, han estado enseñando a leer a la América del Sur, que para leer sus novelas-folletines se ha convertido en una vasta escuela. Dios se lo tenga en cuenta, mal que les pese a los moralistas, que no saben qué ‘pero’ ponerles aun a las buenas novelas. Las novelas corrompen las costumbres; exaltan las pasiones [...] y la demás retahíla que todo el mundo sabe de memoria, a fuerza de oírla en el púlpito y aun en la sociedad laica. Yo —en cambio— absuelvo de toda culpa [a las novelas] hasta a las malas pues ellas nos han enseñado a leer y han sido, en consecuencia, útiles y serviciales al cultivo de la inteligencia” (Domingo Faustino Sarmiento, “Bibliotecas Populares”, cit. por Subercaseaux 1993: 60). Cf. también Sarmiento, “Las novelas” (1991).

de la época, con la finalidad de dar una base más sólida a la novela como sector social.

Habrà que preguntarse cómo las interacciones y reflexiones sociales representadas en las novelas evidencian la mentalidad de las élites criollas como conjunto de los pensamientos y sensaciones de un determinado colectivo en un determinado momento (Dinzeltbacher 1993: XXI). Además, será importante ver cómo las funcionalizaciones sociales de la producción y recepción de novelas están asimismo sujetas a las condiciones generadas por la mentalidad. De esta manera, no se trata solo del legado lingüístico-literario, sino también de su presencia como objeto. El hecho de que se incluya la consideración de la novela y demás artefactos en su condición material constituye un complemento al análisis del discurso centrado en la textualidad (Simonis 1998: 359).

Las novelas decimonónicas están, tanto en Chile como en Argentina, casi completamente recuperadas.¹⁴ Sobre la base de los estudios existentes, se brinda la posibilidad de analizar textos emblemáticos de manera más detallada con respecto a sus posicionamientos sociales, sus intertextualidades y su función en la práctica cultural, en el mercado literario y en el escenario mediático emergente. La metodología se funda en un modelo semiótico de análisis textual, el cual reconstruye el proceso de comunicación literaria en su dimensión pragmática, considerando tanto aspectos formales como de contenido y su correlación. Esto permitirá verificar asignaciones literarias, entre otros, en el campo de tensión entre romanticismo y realismo, así como referencias históricas, por ejemplo, en cuanto a la permeabilidad social de las formaciones sociales representadas. La vista en conjunto de estas áreas debería informar finalmente sobre la interdependencia de la construcción poética de los textos y la construcción de modelos de realidad implicados en una semiosis cultural constructivista (Nünning 1995: 188).

Es cierto que el enfoque exclusivo en el género novelesco puede provocar reparos con respecto a las condiciones culturales latinoamericanas.

14. La producción novelística chilena del siglo XIX está recogida en *La narrativa chilena desde la Independencia hasta la Guerra del Pacífico* de Foresti et al. (1999/2001), cuyo primer volumen cubre el periodo estudiado en el presente trabajo. Para Argentina, existen los trabajos de Myron Lichtblau (1957, 1997) y el estudio más reciente de Hebe Beatriz Molina *Como crecen los hongos. La novela argentina entre 1838 y 1872* (2011).

Con toda razón, Roberto González Echevarría ha reclamado que las *conventional novels* son una importación europea. Por consiguiente, la historia literaria se demuestra sujeta a una perspectiva eurocéntrica al orientar su reflexión sobre el género en aquellos textos.¹⁵ Queda, por supuesto, fuera de duda que el acercamiento a las circunstancias latinoamericanas necesita un procedimiento que aborde la novela en su dimensión transculturalizada (Rama 2007: 39-40). Sin embargo, no se puede negar que el género desempeñó un papel primordial en la proyección de los agentes culturales latinoamericanos. No importa que lo adoptaran, sino cómo lo acomodaron, cómo lo ajustaron a las condiciones existentes y qué cruces discursivos se generaron en este proceso.

En este sentido, Aníbal González ha demostrado cómo los primeros textos narrativos latinoamericanos se apoderaron de la explícita función comunicativa del periodismo.¹⁶ Adolfo Prieto relacionó, a su vez, la temprana literatura argentina con los relatos de los viajeros británicos, retomando la tesis de González Echevarría, cuyo *Myth and Archive* (1990) también destacó la escritura de viaje como un registro de particular impacto para América Latina.¹⁷ Siguiendo esta misma línea, Mary Louise Pratt propone el concepto de la *autoethnography*, que sirve para captar la mirada transculturalizada del viajero hispanoamericano sobre la propia realidad vivida.¹⁸

Se ha subrayado, además, la necesidad de incluir otras modalidades escriturales en la investigación sobre el desarrollo cultural latinoamericano en el siglo XIX. Así, la atención se ha desplazado de los textos narrativos hacia la variada producción en revistas y almanaques, del texto hacia el estudio del público lector. Juan Poblete opta por la

15. "I am aware that the canon of Latin American literary history places conventional novels such as *Amalia* and *María* at the centre of the evolution of Latin American Narrative. This is an uncritical copy of European literary history which veils the fact that the most significant narratives, the ones that had a powerful impact on those that followed in the twentieth century, were not novels copied from European models, as Marmol's and Isaacs' texts were, but issue from the relationship with the hegemonic discourse of the period, which was not literary, but scientific" (González Echeverría 1990: 12).

16. Cf. Aníbal González, *Journalism and the Development of Spanish American Narrative*, 1993, también González 2006.

17. Cf. Adolfo Prieto, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina 1820-1850*, 1996. Cf. González Echeverría 1990.

18. Cf. Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, 1992.

reintegración “de vastos sectores discursivos cuyas prácticas constituyeron en su momento parte integral de ‘las letras’ del XIX” y, finalmente, por la integración de la lectura:

Del mismo modo dicha destextualización/desestetización lleva a pensar en las formaciones lectoras como complemento fundamental de las formaciones discursivas (en su sentido restringido) que un enfoque textual reductor ha privilegiado siempre. Si logramos desasirnos del énfasis exclusivo en el polo “productor”, comprendemos de inmediato que la Literatura (como institución social existente en un momento determinado) no es sólo y ni siquiera principalmente, un grupo de textos (cerrados) sino el resultado “conceptual” de un conjunto de relaciones sociales operantes en prácticas que incluyen, pero que no se agotan en la escrituraria. Entre otras prácticas destacan, por sobre todas, las de lectura (Poblete 1997: 262-263).

Los fructíferos resultados de este cambio de enfoque ayudaron a revelar que la búsqueda de obras cumbres “nacionales” ha ocultado durante mucho tiempo un discurso cultural mucho más diversificado (Batticuore 2005; Poblete 2003; Zanetti 2003). Por lo demás, la ampliación del público lector adquiere un papel particular a la vista del pasado colonial: el hecho de que, en la ciudad letrada, la lectura fuera, además de la escritura, el privilegio de los letrados, es prueba evidente de la fuerza que la dinámica cultural adquirió después de la Independencia. En este sentido, también se explica la vehemencia con la cual los agentes culturales latinoamericanos insistieron en la educación. El presente estudio demostrará el impacto que este desarrollo provocó con respecto a la práctica novelesca.¹⁹

Las lecturas facilitadas para el nuevo público eran, en gran medida, precisamente novelas, por lo cual el género vuelve a cobrar un peso considerable en el proceso cultural. Consiguientemente, Susana Zanetti dedica su investigación de las prácticas de lectura en el siglo XIX a las “lectoras y lectores de novela en América Latina”:

19. Cf. Rama 1984. “Junto a la palabra *libertad*, la única otra clamoreada unánimemente, fue *educación*, pues efectivamente la demanda, no del desarrollo económico [...], sino del aparato administrativo y, más aún, del político dirigente, hacía indispensable una organización educativa (1984: 58)”. Cf. también 62: “Simón Rodríguez razonó que las repúblicas no se hacen ‘con doctores, con literatos, con escritores’ sino con ciudadanos, tarea doblemente urgente en una sociedad que la Colonia no había entrenado para esos fines”.

¿Por qué atender especialmente a la lectura de la novela? Seguramente, mi interés y mi trabajo con ciertos textos guio mi elección. Sin embargo, es evidente que se trata de un género moderno, preferido por esas masas urbanas que hacían también su paulatina aparición, un género que se convierte en respetable mientras avanzan las tres primeras décadas del XIX. En América Latina la concreción de una novela con rasgos propios fue mucho más lenta que en Europa o los Estados Unidos. De todos modos, el género ganó un público integrado por distintas capas sociales, si bien en general inserto en los marcos más o menos amplios y lábiles de la llamada gente decente (Zanetti 2003: 109).

Al centrarse el presente estudio en textos novelescos, no pretende rendir tributo al género como producto de la alta cultura o como exponente de una identidad nacional literaria. Hace, más bien, hincapié en el potencial de la novela como expresión de un modo vital en la práctica cultural decimonónica. Integrando tanto la condición textual de las obras como los elementos intertextuales y los factores extratextuales influyentes, el estudio se distingue de los enfoques que han favorecido un aspecto determinado. Concede atención particular a la dimensión mediática, consumidora y mercantil del género novelesco como síntoma esencial de su integración en las dinámicas modernizadoras.

Los análisis están organizados en dos apartados sobre la producción novelesca chilena y argentina, respectivamente; cada uno de ellos consta de dos subcapítulos, que siguen un criterio cronológico y se dedican al análisis de cuatro novelas ejemplares y de sus contornos a fin de recuperar aspectos centrales de la práctica novelesca decimonónica.

El análisis de la narrativa chilena se inicia con textos publicados en los años cuarenta y cincuenta que se inscriben en el exitoso modo del folletín, dejando entrever, sin embargo, algunas acentuaciones específicas. Con su puesta en escena de dos jóvenes amantes desgraciados, *Emma y Carlos* (1848), de Bernabé de la Barra, contiene la gama completa de “elementos folletinesco-sentimentales” (Foresti *et al.* 1999: 205). La novela intenta cumplir con la condición de “novela orijinal chilena” que consta en su portada, a pesar de su escenario europeo y su evidente esquematismo narrativo. Esta novela se presenta como ejemplo paradigmático de los patrones novelescos de su tiempo, y se la relacionará con los primeros textos de críticos sobre la situación de la novela en Chile, contemporáneos a la novela de Barra. *Los misterios*

de Santiago (1858), de José Antonio Torres, apunta a *Les mystères de Paris* (1842/1843) de Eugène Sue y, con ello, al mayor éxito-escándalo del folletín francés. La novela se presta, por lo tanto, para discutir, a partir de esta referencia intertextual, un elemento central de la práctica novelesca decimonónica. El proyecto narrativo de José Antonio Torres se apropia de manera muy productiva del modelo francés y va mucho más allá que la mera apuesta por el éxito comercial —en este caso, de todas formas, ilusoria—.

Dos novelas relacionadas con un certamen literario de la Universidad de Chile en 1860 marcan una segunda fase de la producción novelesca chilena. La novela ganadora, *La aritmética en el amor*, de Alberto Blest Gana, es considerada, por lo común, como el primer texto digno de ser llamado “novela” en Chile. Las circunstancias en las que se desarrolló el certamen apuntan a la funcionalización social del género novelesco y a las expectativas dirigidas al mismo, lo cual se discutirá a partir del informe sobre el certamen, emitido por un jurado compuesto por intelectuales de primera categoría. Al igual que Blest Gana, Rosario Orrego opta con *Alberto el jugador* por la novela costumbrista. Utiliza el seudónimo “Una madre” para proclamar con su propuesta un modelo de género explícitamente orientado hacia la integridad moral. En este sentido, el escenario social evocado en *Alberto el jugador* también será contextualizado en función del *gendering*.

La parte dedicada a la novela argentina comienza con el análisis de *Soledad* (1847), de Bartolomé Mitre, quien situó el argumento de su novela en Bolivia, tematizando, sin embargo, las luchas de la Independencia con una perspectiva bastante obvia sobre la situación rioplatense. La novela se distingue de las demás obras estudiadas por el tiempo narrado, unos veinte años antes del momento de publicación. No obstante, la puesta en escena de la sociabilidad contemporánea adquiere en la novela por lo menos la misma relevancia que los acontecimientos históricos relatados. También se examinará cómo Mitre retoma y reelabora la novela social francesa, en concreto una obra de George Sand. El protagonista de *Esther* (1858), de Miguel Cané, se encuentra, asimismo, alejado de la patria, en el exilio italiano. Esta novela relaciona la experiencia del viaje directamente con la situación social y política en el Río de la Plata, confirmando la importancia de la literatura de viajes en la génesis de la práctica narrativa argentina. Por haber sido incluida en el proyecto de la “Biblioteca Americana” del uruguayo

Alejandro Magariños Cervantes, da lugar para reconstruir la novela como parte del patrimonio cultural con respecto a las condiciones materiales de su producción y distribución.

El médico de San Luis (1860), de Eduarda Mansilla, y *El hogar en la pampa* (1866), de Santiago Estrada, vinculan el proceso socializador con la colonización de la pampa. El referente intertextual de *El médico de San Luis* es la *domestic novel* británica, lo cual subraya el impacto anglosajón en el proyecto cultural del Río de la Plata. Ambas novelas demuestran una funcionalización social muy concreta, complementando al género gauchesco y, con ello, al ensalzamiento de la pampa como *lieu de mémoire* argentino, con una opción constructivista en términos de progreso social.

Mediante esta selección, se pretende ofrecer un panorama relativamente completo de aquellos factores que condicionaron la producción novelesca “protorrealista” en el Cono Sur. En vista de la producción novelesca relativamente reducida en el periodo investigado, considero que el corpus seleccionado alcanza un grado de representatividad que posibilita sacar conclusiones generalizadoras sobre la práctica novelesca argentina y chilena a mediados del siglo XIX.